



NUESTRA HIDROAVIACIÓN.

La prensa de casi todo el país elogió en sus columnas de honor el rasgo de generosidad y gentileza con que nos ha distinguido el Gobierno de Gran Bretaña, poniendo galantemente una escuadrilla de cincuenta aeroplanos e hidroplanos al servicio de nuestro Ejército y Armada.

Las columnas de los diarios, que siempre han reflejado las palpitations del sentimiento nacional, lo han hecho esta vez con profusión, como corresponde al gesto británico y a la cortesía del augusto soberano, que de una plumada ha solucionado uno de los problemas más importante de la defensa del país: el problema de la aviación nacional.

Desde que arribaron a nuestras costas las catorce hidroaviones ingleses obsequiados a nuestra Armada, podemos dar como hechas firmes las bases de la pronta organización de la flota aérea que ha de completar nuestra Marina de Guerra, y cuyos elementos de que hoy carece en absoluto habrían costado para adquirirlos grandes discusiones y muchos cálculos de presupuestos.

Casi podemos decir, entónces, que ya tenemos los aparatos, la ubicación de los hangares, de los talleres, de la escuela; y, en una palabra, la existencia del cuerpo de aviadores navales con todos los accesorios adjuntos, debe ser en estos momentos un punto ya solucionado por nuestros jefes de marina, asesorado por las luces que la táctica y la estrategia han irradiado en la gran guerra contemporánea. No hay duda también que los pilotos aviadores que manejarán las futuras máquinas aéreas serán escogidos de nuestro escalafón, como así mismo el personal de ingenieros que responderá de su conservación y reparaciones; ojalá, entonces, que los nuevos aparatos marinos, nos encuentren preparados en la técnica del ramo a que pertenecen, de manera que unos y otros fácilmente puedan respon-

der con eficiencia y éxito a las exigencias de un servicio totalmente nuevo para nosotros, y a su vez de una importancia colosal y delicada hasta los límites del peligro y la temeridad.

En una palabra, es necesario preparar la constitución de este cuerpo aéreo naval, dándole el verdadero significado y la importancia que corresponde a esta nueva arma de combate; y ya que el desprendimiento del Gobierno inglés ha comprometido nuestra atención hacia tan importante servicio, que, sin duda alguna, constituye el complemento del sistema de nuestra defensa nacional, no creo deban omitirse sacrificios al tratar de darle una perfecta organización.

Hágase la especialidad en las dos ramas activas al servicio naval que no faltará el personal entusiasta que se enrole para adquirir la perfección del factor mecánico, por un lado, y con la mira trazada hasta el propósito de transformar la complicidad de hoy en una industria nacional; y por otra parte afluirán los aviadores, los que deben concebirse en el amplio significado de la palabra, o sean oficiales pilotos para navegar en el aire.

El arte de volar dejó de ser arte desde ya mucho tiempo; ya todos nos convencimos de que los hermanos Wright son tan hombres y tan semejantes a todos los demás hombres; y no volaron gracias a sus cualidades sobresalientes de pájaros y la anormal ligereza de movimientos que solo a ellos se les atribuía, sino que éstos, y como estos todos los próceres de la aviación, volaron porque aprendieron a volar y como vuelan hoy los miles de prógimos que continuamente, haciendo competencia a los pájaros, surcan el espacio por bandadas. Sabido es que para ser volador basta con atender los movimientos mecánicos del aparato, elevarse y no cometer disparates mientras se está volando; pero no creo que estos sean los únicos requisitos que deben exigirse a los designados para el manejo de la flota aérea que se prepara en bien de la mayor eficiencia de la marina y la defensa de las costas.

Creo que hay derecho para pedir la formación de un grupo de aviadores en el amplio significado del título que consagran; expertos a la vez que técnicos en el ramo, y de conocimientos positivos de esta verdadera ciencia, que es tanto mas difícil de poseer, por cuanto su base, no cimentada aún, está constantemente expuesta a las variaciones que le pueden ocasionar los datos y los resultados de los experimentos que se efectúan con el objeto de establecerla en definitiva, en forma precisa y con teoría mecánica indiscutible.

Es de suponer también que nuestros oficiales pilotos no se conformen con aprender a volar y emprendan la navegación sobre un elemento regido por leyes que agrupadas constituyen una ciencia que se llama «aerodinámica», y que necesariamente deben conocer; como así mismo la teoría del aparato que van a gobernar, su ecuación de equilibrio con relación a las fuerzas engendradas por la resistencia del aire, estabilidad longitudinal, transversal y de ruta, ángulo de plano y de ataque, cálculos del poder de sustentación y velocidad, timones, teoría del propulsor, flotador y sus múltiples accesorios: en una palabra todo lo necesariamente útil comprendido en la teoría de la aviación, para quedar así preparados para ejercer su especialidad sobre una base científica y segura.

Formemos escuelas en la paz, que en ellas se prepararán los actos de arrojo que se derrochan en la guerra; y si deseamos éxito, y se ha de exigir más tarde eficiencia y rendimiento, o mejor dicho si se quiere evitar el fracaso, no descuidemos el personal, y mucho menos en la aeronavegación, donde está demostrado que el factor aviador es casi el único que hay que considerar como primordial para garantía de éxitos futuros. La importancia de este factor la evidencian los diferentes resultados obtenidos por distintos pilotos con idénticos aparatos, de aquí que formemos primero el aviador y que escoja después la máquina que ha de manejar revisada y garantida por la sección de ingenieros especialistas, que si el piloto designado cuenta con las condiciones naturales de valor, serenidad y decisión rápida, más los indispensables conocimientos teóricos del ramo y la práctica mecánica en el manejo, arme y desarme de su aparato, solo se pueden garantizar éxitos con la rigurosidad del cálculo, no así si confiamos erroneamente nuestras máquinas aéreas a generosos entusiastas, audaces y temerarios, si se quiere, pero faltos de conocimientos, los que terminarán sin duda dando su vida en estéril sacrificio.

MAX. PRADO.

